

# 1º PREMIO VIII CERTAMEN DE CUENTOS VILLA DE CÁRCAR

Autor: Armando Ruíz Chocarro



## LA NOCHE QUE EL DEMONIO BAJÓ DEL RETABLO

Éste que les escribe trabaja como voluntario en el archivo eclesiástico. En realidad soy profesor de teología prejubilado por enfermedad. Depresión, concretamente.

Pasar el día en un polvoriento archivo puede parecer un trabajo anodino pero lo cierto es que, algunas veces, suelo encontrarme con actas, legajos, o simples apuntes muy interesantes. De entre todos con los que me he topado no hay ninguno más increíble que el de la estatua de San Miguel arcángel. Sí, claro que pueden verla, de

hecho preside desde hace casi cuatro siglos el retablo mayor de Cárcar, un pueblo mitad fértil vega mitad monte carrascoso, al suroeste de la provincia de Navarra.

Hace más o menos dos años me encontraba ordenando unos manuscritos en una sala olvidada del obispado cuando descubrí por casualidad los contratos para la construcción en 1633 de los retablos que adornarían la iglesia de Cárcar. También había varias actas inquisitoriales relativas al juicio por asesinato sobre un tal Fortún Cuevas, alias Fortea, que ejercía como criado de Joseph Romo, escultor de la talla central. Aquello me interesó. No sólo porque siempre había oído que el retablo de esa parroquia era, tal vez, la mejor muestra del barroco en Navarra, sino porque mirando hace años mi árbol genealógico había descubierto que tenía raíces en ese pueblo.

Así que empecé a investigar, al fin y al cabo dispongo de todo el tiempo del mundo y de un archivo inmenso. Cuando se quiere resolver algo lo más difícil es encontrar la punta del hilo y yo ya lo tenía, ahora sólo debía tirar de él. Lo hice; tiré y estiré y al final me sumergí en un espeluznante caso que todavía me pone los pelos de punta. Es éste.

El invierno de 1633 se alargó con toda su crudeza hasta finales de abril. La gente se desperezó del letargo para encontrarse de repente con la miseria. En los pueblos había constantes levadas militares, hambrunas y cada enfermedad por pequeña y débil que fuese, causaba estragos. Por entonces morían en la comarca casi la totalidad de los recién nacidos. Los pechos de las madres estaban secos y la numerosa prole se tiraba a por la comida como perros hambrientos. Sólo el alto clero parecía ajeno a la infame carestía. Sus esfuerzos se dirigían a la construcción de obras arquitectónicas que sirviesen en el cielo como carta de presentación de sus almas.

Aquel año en Cárcar, después de terminar dos retablos que adornarían las naves laterales, el obispo de la diócesis decidió que aún tenía suficientes reales de plata en sus

arcas para encargar al maestro orfebre Bernabé de Mañeru un gran retablo central en torno a la figura de San Miguel Arcángel, titular de la parroquia. El maestro se hizo con los servicios de reputados policromadores, tallistas y carpinteros que le ayudarían para terminarla en los plazos previstos. El grupo escultórico de San Miguel venciendo a Lucifer se la encomendó a su discípulo favorito: Joseph Romo.

Alrededor de la iglesia se formó un pequeño barrio de talleres de artesanos venidos desde lejos en carromatos con sus familias y enseres. Todo transcurría de forma normal hasta que llegó el 14 de diciembre. Ese día amaneció con una ventisca que cubrió todo de nieve. El río Ega se heló en las umbrías y de los caños de las fuentes colgaban carámbanos brillantes. No fue hasta el *toque de vísperas* cuando el sacristán que subía a una pequeña ermita situada en una loma para abrirla encontró, a un lado del camino, el cuerpo desnudo de una joven semicubierto de nieve. No era del pueblo y la identificaron como la *Petrilla*, una de las prostitutas que se establecían en los campamentos de los artesanos. Había sido forzada y luego degollada. Como los caminos estaban intransitables a causa del temporal, aquella misma tarde le dieron sepultura sin cruz en una esquina del camposanto; donde solían enterrar a los mendigos y vagabundos que morían yendo de paso.

Días más tarde llegó procedente de Logroño un alguacil real de apellido Montoro para ocuparse del caso. Indagó durante una semana y al fin se presentó en la posada donde se hospedaba Joseph Romo.

-Debo comunicarle –dijo el alguacil al escultor-, que su criado conocido como Fortea es el autor de, no sólo éste, sino al menos de otros cinco asesinatos.

Un par de guardias prendieron al criado, que en su aturullamiento babeaba y se arrastraba sacrílegamente con un crucifijo en la mano tratando, en su media lengua, de implorar perdón.

En los días posteriores se supo que Fortea era hijo de una buscona y de un ladrón de tumbas que había acabado en la horca. Una casa de misericordia lo había acogido durante sus primeros años criándolo sin cuidado alguno en los establos y zahurdas. Por caridad cristiana Joseph Romo lo tomó como asistente, pero el alma negra de Fortea no tardó en ver ventajas sirviendo al escultor. Durante años mató y violó sin levantar sospechas, aprovechando los trabajos de su amo en distintas ciudades y pueblos. Hasta el asesinato de Cárcar. Un testigo anónimo apuntó hacia el criado y Montoro encontró entre sus pertenencias un amuleto que había pertenecido a la prostituta.

De aquellos terribles sucesos se desatendió la justicia civil haciéndose cargo el tribunal eclesiástico de la Inquisición. Se trató como un caso de *bestialismo*, o depravación sexual. Apenas hubo juicio, Fortea fue condenado a garrote vil y posteriormente quemado en efigie.

Resultó curioso que durante los días previos a su ejecución, Fortea recibió varias veces en los calabozos inquisitoriales la visita de Joseph Romo, el cual, y con el correspondiente permiso de las autoridades, se dedicó a hacer bocetos de su criado.

Meses después, cuando el obispo de Pamplona vino a Cárcar para ver los retablos terminados, quedó sobrecogido por la gran fuerza de la talla central dedicada a San Miguel. En ella aparecía el arcángel sobre Lucifer dispuesto a atravesarlo con su espada.

-¡Vaya rostro tan horrible! –dijo el obispo señalando al ángel caído.

En verdad que la escultura era impresionante por su realismo. Las dos figuras del conjunto escultórico resaltaban el antagonismo entre el bien y el mal. La serenidad y la justicia se reflejaban en el rostro angelical de San Miguel; por el contrario el del demonio estaba desencajado en una mueca terrorífica cuya extrema fealdad sugería maldad y cobardía.

-Según parece el escultor se escogió a si mismo como modelo para San Miguel y para el demonio tomó los bocetos hechos a su criado poco antes de ser ajusticiado -le aclaró el párroco.

Con la entrada del otoño abandonaron el pueblo los artesanos y artistas que habían llegado con el maestro Bernabé de Mañeru camino de una nueva iglesia donde trabajar una temporada.

El 14 de diciembre siguiente, el mismo día en que se cumplía un año de la muerte de la prostituta, volvió a suceder en Cárcar un hecho terrible. Alguien oyó ruidos en la iglesia, cuando el párroco entró en el interior vio que la estatua del demonio había desaparecido quedando únicamente San Miguel arcángel. Enseguida todo el pueblo conocía la noticia y el pánico se instaló en cada hogar como un presagio de muerte. Decían que el demonio estaba paseándose por las calles buscando una víctima. Anocheció de golpe al ritmo de las campanas que tocaron como nunca “*a arrebató*”. Todas las casas atrancaron las puertas y ventanas. Los hogares permanecieron encendidos quemando en ellos hinojo mojado en agua bendita para ahuyentar al espíritu maligno. Las calles quedaron desiertas y el viento corría por ellas arrastrando roderas y ulagas.

Alrededor de las diez de la noche una joven se incorporó nerviosa de la cama al escuchar el chirrido de una puerta. Avivó el fuego con la candileja y salió de su cuarto. En el pasillo había una figura horrible; la muchacha gritó y trató de volver a la habitación pero el intruso se movió con rapidez logrando cogerla. Unas manos como garras se hundieron en su carne derribándola y arrancándole la camisola. Sintió en la cara el aliento del agresor que salía violentamente en cada jadeo. No podía gritar ni defenderse. El dolor le atravesaba por dentro y cuando ya estaba a punto de desvanecerse distinguió otra figura tras ellos. La segunda aparición resplandecía de

forma extraña y llevaba una espada en la mano que levantó para herir con ella al monstruo.

La muchacha sobrevivió al ataque. El cura encontró la estatua del demonio escondida en un cuarto de la iglesia donde se guardaban cirios e imágenes de santos en desuso. No se supo como había llegado hasta allí. De nuevo se encargó Maroto, el aguacil real, de investigar lo sucedido. Éste intentó hablar con la muchacha agredida, pero por alguna razón, se negó a colaborar. Tampoco consiguió sacar una palabra a nadie del pueblo sobre los rumores de que el demonio había bajado del retablo para pasearse por las calles. Aunque lo más curioso fue que, esta vez, el tribunal inquisitorial del Santo Oficio no mostró el menor interés por lo sucedido.

Muchos años después Maroto, ya anciano, recibió una visita en su casa. Era una mujer con aires de campesina y mirar resuelto. Se identificó como Margarita de Sota. A Maroto el nombre le era familiar. Tuvo que observarla detenidamente para ver en ella los rasgos de la muchacha de Cárcar que había sufrido el brutal ataque de un extraño.

-Debo contarle una cosa –dijo-. Algo muy importante.

Y el aguacil real supo que lo que iba a oír tenía que ver con el mismo diablo.

Cuando Maroto terminó de escuchar a Margarita de Sota no supo que decir. Ya estaba jubilado, vivía con tranquilidad cultivando hortalizas en un huerto, y lo que menos le convenía era complicarse la existencia investigando a la mismísima Inquisición. Pero al mismo tiempo debía hacer algo para que las generaciones futuras supieran que pasó la tenebrosa *noche de autos* en Cárcar. Así que un día se acercó a la sede del Santo Oficio, se identificó y pidió repasar las actas del año 1633. En un descuido del monje encargado del archivo coló un manuscrito entre el resto de las hojas que conformaban la documentación del juicio contra Fortea. Cuando devolvió el montón de actas, el encargado las revisó encontrando el papel, por suerte Maroto ya

había previsto que tal cosa sucediese y tuvo la agudeza de anotar en el margen de un acta :”*Sólo el corazón de Fortea podría decirnos que hizo aquella noche*”.

Esa frase fue la que me hizo desentrañar el misterio.

En 2004 hubo ayudas del obispado para acometer algunas obras de restauración en distintas iglesias. Cierta cantidad fue para el retablo de de Cárcar. En realidad nadie del pueblo había hecho la solicitud, pero el caso es que el impreso con la documentación en regla apareció puntualmente en el obispado. La subvención sería para la limpieza del retablo y para algunos retoques en el dorado de las tallas. Un restaurador de Pamplona llamado Merino se hizo cargo del proyecto. Formaba parte de su equipo un hombre contratado recientemente que atendía al nombre de Carlos Provenza. Las obras duraron diecinueve días. En uno de ellos, cuando la totalidad del equipo guardaba fiesta por ser en Pamplona día de San Saturnino, Provenza fue a trabajar y aprovechando que nadie le veía desmontó con cuidado la estatua del demonio vencido por el arcángel.

Como ya habrá imaginado, amigo lector, Carlos Provenza, era un servidor. También fui yo quién rellenó la solicitud de restauración del retablo. Tenía mis razones. Después de encontrar en el margen del acta inquisitorial la frase “*Sólo el corazón de Fortea podría decirnos que sucedió aquella noche*”, estaba convencido de que el alguacil Maroto había escondido algo en la estatua del demonio que representaba al asesino.

Por ello me llevé una sorpresa al meter mi mano en el interior hueco del demonio y no encontrar nada. Ya empezaba a creer que todo había sido un rosario de equívocos, cuando creí notar que la estatua de San Miguel se movía. Lo juro. Fue sólo un instante, luego seguí contemplándola aunque ya no volvió a moverse. Si fue una ilusión óptica al menos me dio una idea.

Volví a subirme al andamio repitiendo la operación pero esta vez en el interior de la estatua de San Miguel. A la altura del corazón di con algo. Al sacar mi mano lo

hice llevando una talega de tela envolviendo un manuscrito. En él se daba cuenta del enigma que durante casi cuatrocientos años se había mantenido oculto. Decía así:

*“Espero que quién encuentre esto tenga más valor que yo para sacarlo a la luz.*

*Hace unos meses recibí en mi casa la visita de una hosca mujer de ademanes ásperos. En nada se parecía a la hermosa joven que muchos años antes fue atacada por un asesino y cuya salvación constituyó todo un misterio. La mujer parecía resuelta en sus actos. La invité a pasar y sentada junto al fuego me contó lo que sigue. En la noche del 14 de diciembre, cuando corrió la voz de que la estatua del demonio había desaparecido, ella, que vivía sola desde la muerte por viruela de sus padres, atrancó la puerta. Nada más meterse en la cama oyó ruidos. Se levantó y a la luz del candil distinguió a alguien en el pasillo. A la muchacha se le heló la sangre, había reconocido aquel rostro desencajado como el del demonio vencido por el arcángel. Pero también estaba segura de que no se trataba de una aparición infernal, sino de un hombre de carne y hueso. Y lo más increíble fue que aquel hombre era Joseph Romo, el escultor.*

*Mientras la mujer me contaba esto, sentí como se me erizaba el bello de mis brazos. Ella continuó con el relato. Dijo que cuando el asesino se dispuso a degollarla sacando de la faldriquera un cuchillo, apareció una figura luminosa atravesando la puerta a pesar de que seguía cerrada. Parecía el mismo arcángel San Miguel, pero fue su rostro lo que la dejó atónita, era el de Fortea, aquel que fuera acusado de matar a la prostituta y que había sido ejecutado hacía un año. Él le salvó la vida. Clavó su espada en el escultor dejándole malherido. Luego desapareció. La muchacha, horrorizada, avisó a las autoridades locales contándoles los hechos. Con el alba recibió la visita de unos frailes dominicos quienes le aconsejaron guardar silencio sobre lo ocurrido. No estaban dispuestos a admitir que la ejecución de Fortea había sido un error por parte del Santo Oficio. Eso podría traer terribles consecuencias. Además si no obedecía*

*amenazaron con acusarla de haber mantenido “relaciones” con el diablo. Los dominicos se llevaron al escultor malherido y ella consintió, al fin, en callar.*

*Después de esta confesión, Margarita de Sota quiso que yo cerrara definitivamente el caso. Pero ya me sentía viejo, y además tenía miedo. ¿Alguien puede echarme en cara algo? Me comporté como lo hubiese hecho cualquiera que se enfrentara a la Inquisición. Como un cobarde.*

Aquí acaba el manuscrito de Maroto. En mis ratos libres seguí atando cabos sueltos. Por lo que he descubierto creo que Josep Romo mató a no menos de trece mujeres. En sus últimos crímenes, consciente de que había entrado en una espiral de violencia incontrolable, dejó indicios que involucraban a su criado. Supongo que también fue él quién de forma anónima lo denunció. El alguacil cayó en la trampa y la Inquisición condenó a la hoguera a un inocente. Cuando el escultor visitó a Fortea en la cárcel tomándole bocetos de su rostro, no eran para tallar al demonio sino a San Miguel arcángel. Su criado era un “infeliz” pero con un rostro angelical que reflejaba un alma pura. Por el contrario para modelar a Lucifer utilizó su propia imagen reflejada en el espejo, seguramente tras cometer un crimen.

Romo debía sufrir un trastorno bipolar en los que pasaba de un periodo de estabilidad a otro de extrema locura. Eso explica que volviera al pueblo justo al año de la muerte de la prostituta y escondiera la imagen del demonio. Sembrar el terror debía producirle un placer enfermizo.

Lo último que encontré fue un acta de defunción a nombre de Joseph Romo fechada en Zaragoza en 1662 y sacada del manicomio o Casa de Orates. En ella se dice que el fallecido había sido traído con sigilo durante la noche por frailes dominicos, todavía convaleciente de una grave herida. No se le conocían familiares ni amigos. Un informe lo calificaba de “loco de atar”. El desgraciado sufría alucinaciones que le

hacían pasar las noches en vela gritando como un poseso que un ángel de Dios estaba a su lado para atravesarle con su espada. Pasó veintinueve años con los nervios destrozados recluido en una mazmorra aislada. Murió de inanición y de miedo.

Y hasta aquí todo lo que puedo contarles. Bueno, hay algo más. Ya les he dicho que estoy prejubilado aunque no es cierto que sea por depresión. Tengo cuarenta años y hace ocho que me diagnosticaron esquizofrenia con trastorno bipolar. Tomo medicación controlada, *clozapina*, pero a veces sufro unos terribles ataques de migraña que me desfiguran el rostro y durante los cuales se me desata en mi interior una violencia irracional. Apenas me reconozco. Los médicos dicen que se trata de algo genético. Eso ya lo sabía. Sólo tuve que rastrear once generaciones en mi árbol genealógico para llegar hasta una mujer llamada Margarita de Sota. Madre soltera sin marido conocido.

De ella he heredado un carácter áspero. Del que la forzó una disfunción mental crónica.

Lo cierto es que en Cárcar, la noche del 14 de diciembre de 1634, una aparición luminosa, un ángel, salvó la vida de Margarita de Sota. Lastima que llegara un poco tarde.

Cuando la semilla del mal ya había sido derramada.

**FIN**